

MÁS ALLÁ DE LAS METÁFORAS... UNA GEOGRAFÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

POR

MILTON SANTOS

Y

MARÍA LAURA SILVEIRA

El reto de definir la postmodernidad

Pleno de imágenes y contradicciones, el tiempo que vivimos torna intrincadas las definiciones. Nos enfrentamos a «un mundo fragmentado, caótico, que reposa sobre intercambios efímeros», donde la escena principal es ocupada por la incredulidad y por la ausencia de fundamentos y de realidad (C. Ruby, 1990: 190 y 123). Se trataría, para Zaki Laïdi (1992: 30), de un orden mundial definido por ciertos trazos como «lo transitorio, lo inestable, lo desarticulado y lo ambivalente». Existiendo en medio de un flujo continuo de valores (M. C. África Vidal, 1989: 14-15), nos desorientamos en el reino de lo transitorio y tenemos la sensación de haber sido «apañados en un universo de eventos que no comprendemos plenamente y que parecen, en gran parte, estar fuera de nuestro control» (A. Giddens, 1991: 12).

Robert Musil, en su obra «L'Homme sans qualités» (1956), describe nuestro tiempo como una era sin definición de lo que está encima o abajo, de lo que está en frente o atrás. Nos encontramos ante una verdadera asincronía en la cual «todo lo que es sólido en el capitalismo organiza-

Estudios Geográficos
Tomo LVIV, n.º 230, enero-marzo, 1998

do, clase, industria, ciudades, colectividad, estados-nación, aún el mundo, se disuelve en el aire» (Lash e Urry, 1987: 313).

La desorientación se refuerza en la medida en que dejamos de ser contemporáneos de nosotros mismos, ya que vivimos en un período que es *post*. Esa idea es expresada, también, por F. Fehér (1994: 24), al decir que «la primera inquietud que nos plantea el presente cuando se vive como postmoderno es que no estamos viviendo en el presente, *no estamos donde estamos sino “después”*». Este *post* es trazado por nuevas tecnologías como computadoras y *mass media*, nuevas formas de conocimiento y cambios en el sistema socioeconómico. La expresión formación social postmoderna —citada por S. Best y D. Kellner (1991: 3) como parte del vocabulario de los teóricos de la postmodernidad— sería un proceso temporo-espacial que no nos pertenece.

Esa asincronía fundamental, complicada por aquello que F. Jameson (1993: 43) denomina «nuestra amnesia histórica», nos condenaría a la ignorancia sobre la carga de novedad del medio que nos rodea. La total aceptación de lo efímero, de lo fragmentario, de lo discontinuo y de lo caótico es, en opinión de D. Harvey (1992:49 y 294), el hecho más espantoso del postmodernismo que nos conduciría a considerarlo como «una condición histórico-geográfica de una cierta especie».

En ese viaje sin rumbo, la caracterización de la postmodernidad se nos presenta cargada de imágenes y escasa de conceptos.

La postmodernidad: un enmarañamiento de metáforas

Como estamos en un mundo donde la creencia en el progreso continúa viva, la propia denominación de postmodernidad inaugura el reino de las metáforas, ya que, como señalan T. Barnes y M. Curry (1992:63), «la metáfora “post” significa progreso y “postmoderno” significa la trascendencia de lo moderno».

Los enfoques del *post*, explica T. Maldonado (1989: 260 y 261), no se originan en una teoría de status científico, sino que configuran «un confuso amasijo de semiverdades, de especulaciones que pontifican sobre el desarrollo histórico, de juicios totalmente arbitrarios sobre las líneas de tendencia de la sociedad capitalista». Para J. Graham (1988: 61), esas ambigüedades hacen del postmodernismo «una Hidra de Lerna y un camaleón», imposibles de caracterizar pero fáciles de reconocer.

La ontología de la fragmentación y del caos del mundo encontraría su correlato metodológico en las ideas de fragmentos, multiplicidad, pluralidad, redes, diseminación y *unmaking*, entre otras. A. Wellmer (1988: 105) escribe «el momento de la postmodernidad es una especie de explosión de la epistème moderna, explosión en la que la razón y su sujeto —como guardián de la “unidad” y del “todo”— saltan hechos pedazos». Esas ideas ya son metáforas o aportes para su construcción, o para nada porque, en palabras de Umberto Eco (1984 in Urdanibia, 1990: 69 y 70), la postmodernidad es «un término que sirve para cualquier cosa...». O, como explica H. Meschonnic (1988: 236), la postmodernidad «es la confusión como retórica».

Esa realidad histórica conduce a ignorar las propuestas metodológicas dialécticas porque el postmodernismo ha sido entendido, expresan U. Strohmayer y M. Hannah (1992: 29), «como una formal *mise-en-âbime*, un cuestionamiento fundamental de la real posibilidad de cualquier clase de teoría social crítica».

Contrariamente, ¿sería posible construir, a partir de esas calificaciones de nuestro tiempo, un sistema de conceptos?

La geografía metafórica de los otros

En ese alud de metáforas, el espacio resulta privilegiado. Tomada de la geografía y de otras disciplinas territoriales, la palabra espacio va a enriquecer el vocabulario de las más diversas áreas del saber, incluyendo la filosofía y la sociología, y vuelve a la geografía para empobrecer un diccionario tradicionalmente permisivo. Esa fertilización cruzada es, al mismo tiempo, origen y consecuencia de nuevas ambigüedades. Una profusión de sentidos es señalada por Neil Smith (1990: 167), cuando enumera diversas utilidades postestructuralistas y postmodernistas de la palabra espacio: «espacio conceptual», «espacio teórico», «espacios disputados», «espacios de negociación», «espacios de significación», «posiciones subordinadas», «espacio(s) ideológico(s)». Frente a esas referencias «puramente metafóricas», la preocupación de Smith (1990: 167) es que, al recurrir a las metáforas geográficas, las otras ciencias se limitan a considerar el espacio en el sentido tradicional, es decir, la fundación estable movida por la historia. Para ese autor, la metáfora es inherentemente yuxtaposicional pues revela una verdad, al mismo tiempo que la afirma como otra.

Existen aún, a partir del vocablo, interpretaciones delirantes de la actualidad, como las de un Virilio anunciando que la velocidad —símbolo del mundo actual— provoca una especie de pérdida del espacio material. Este arquitecto *doublé* de filósofo declara que «con los medios de comunicación instantánea (satélites, TV, cable de fibras ópticas, telemática...) la llegada toma el lugar de la partida: todo “arriba” sin que sea necesario partir» (1984: 15) y olvida, de ese modo, que no existe flujo inmaterial sino a partir de soportes territoriales. En la misma dirección, P. Virilio (1984: 19) expresa que los lugares se tornan intercambiables. Estas premisas no logran sino una explicación figurada de la realidad urbana actual. Privadas de una conceptualización geográfica, esas manifestaciones de la aceleración contemporánea carecen de poder analítico.

Esa misma inspiración conduce a J. Echeverría a crear un audaz neologismo con la palabra *Telépolis*. En ambos casos, los oráculos de la postmodernidad parecen coincidir en relación a una próxima desintegración de la ciudad histórica y de la urbanización tradicional (P. Virilio, 1984: 156), donde todo se transformaría en *telépolis*, que «no es localizable, no se caracteriza por estar. Su esencia es fluir, circular, y ello cada vez a mayor velocidad, por más barrios y en la mente de más personas» (J. Echeverría, 1994: 170).

Tal vez una versión sofisticada de la idea de aldea global, *Telépolis* se presenta como una gran metáfora para dar una imagen del mundo globalizado, de los nuevos espacios públicos y privados, de las condiciones de producción y circulación y, también, en síntesis, de un mundo devenido ciudad. Así, en cuanto Hong Kong y Corea serían áreas industriales de esa ciudad-mundo, la Antártida un gran lago y las nuevas columnas de Hércules los satélites artificiales, las redes informáticas configurarían las nuevas calles públicas y, los medios de comunicación, las nuevas vitrinas (J. Echeverría, 1994: 21, 31 y 58).

Telépolis no posee forma de representación ya que es multidimensional y los mapas ya no nos servirían como orientación. Precisamos, ahora, de las múltiples bases de datos, mas estas ofrecen únicamente visiones parciales (J. Echeverría, 1994: 19). Aquí el pensamiento de J. F. Lyotard (1989: 166) resulta revelador de este fin de siglo, cuando asevera que «no nos corresponde *dar realidad* sino inventar alusiones a lo concebible que no puede ser presentado». Sin embargo, la alusión, afirma críticamente G. Benko (in M. Santos *et al.*, 1994: 248), puede ser una invitación para imaginar la realidad, como «las señalizaciones de las ca-

reteras que nos indican lo que veríamos si nos detenemos en una parada». Lo que vemos desfilar no son lugares, solamente carteles.

La desterritorialización sobrevino una metáfora corriente. Para O. Ianni (1992: 93), resulta de la globalización política, económica, social y cultural que produce localizaciones que se esfuman. Ese autor agrega que «la desterritorialización aparece como un momento esencial de la postmodernidad, un modo de ser exento de espacios y tiempos inimaginables» (1992: 104).

De la desterritorialización de Ianni pasamos al hiperespacio de Jameson (1993), un espacio postmoderno que ya existe, mas para cuya aprehensión no tenemos el equipamiento perceptivo. Un tipo de edificio, como el Hotel Bonaventure en Los Ángeles, construido por John Portman, aspira a ser un espacio total, un mundo completo, una ciudad en miniatura para abrigar a los individuos agrupados en hipermultitud. Según Jameson, esas formas arquitectónicas nacen con una vocación de rechazo a formar parte de la ciudad, a la cual, por el contrario, pretenden substituir...

La geografía metafórica de los geógrafos

Varias de esas metáforas invaden la geografía. Las ideas de preeminencia del tiempo sobre el espacio, con la consecuente desterritorialización y la muerte de la región son, tal vez, aquellas que parecen haber tenido la mayor profusión. A partir de algunas de esas nociones y en una actitud de renuncia teórica se fundaría una geografía de la postmodernidad.

Frente a las ideas postmodernas, la respuesta de los geógrafos no es, ciertamente, homogénea. Podríamos distinguir dos corrientes principales. De un lado, aquellos que, enfatizando la fragmentación del mundo actual, se preocupan sólo con la caracterización de los lugares y niegan, de ese modo, cualquier tipo de inteligencia totalizante. De otro lado, aquellos que consideran como central la homogeneización de los lugares y la disolución del espacio gracias al proceso de globalización.

Considerando que la verdad no surge de una correspondencia con la realidad, sino de una mera convención, es decir, de reglas propias a cada juego de lenguaje, ciertos geógrafos postmodernistas prefieren descartar las grandes narrativas y proponen construir conocimientos locales

sin aplicación universal. Como explica A. Sayer (1993: 334), «lo que es necesario, en ese punto de vista, es la aceptación de “conocimientos locales” cuya verdad es relativa a contextos y grupos particulares».

Richard Peet (in M. Santos *et al.*, 1993: 54 y 55) ve más lejos al observar críticamente en la visión postmoderna un espacio «fragmentado en localidades tan pequeñas como la ocupada por un cuerpo humano individual (...) Aunque redes de espacios individuales puedan ser construidas en el tiempo y en el espacio, serán inestables, constantemente rompiéndose y reformándose».

La jerarquización de la noción de lugar en los discursos postmodernos es simultánea a la caída de los conceptos universales y del gran enredo (Cooke in M. Curry, 1991: 215). Por ello, un autor como R. Hollinger (1994: 133) afirma que «los postmodernistas glorifican la fragmentación y la localización». Desprovisto de un sistema de conceptos que lo vinculen a la totalidad, el lugar se vuelve una metáfora más del vocabulario postmoderno. En la medida que la pluralidad de significados del término lugar en el pensamiento postmoderno tiene escasa relación con su «expresión territorial» (D. Harvey, 1993: 16), esa noción —tan propia de la geografía— se torna metafórica.

En otros casos, la confusión conceptual es manifiesta cuando, por ejemplo, la noción de comunidad substituye a la de lugar (M. Curry, 1991: 212). ¿Qué significa una comunidad en el análisis geográfico? ¿Incluye solamente las personas o también los objetos? ¿Su contenido coincide realmente con aquel de lugar?

Una geografía postmoderna, edificada sobre las ruinas de la homogeneidad, de la racionalidad, de la producción en masa, de la metanarrativa y de la propia idea de espacio, estaría basada en pilares epistemológicos como pluralismo, poder y deseo, pequeña producción en serie, discursos locales, *indigenous architecture* y, particularmente, el lugar (J. Graham, 1988: 60).

Esto explica la boga que conocen filósofos como Deleuze, Guattari, Derrida y otros en la producción geográfica contemporánea pero, sobre todo, en la geografía anglosajona.

Si el lugar, considerado como un *geographical puzzle*, no es descifrado en sus elementos constitutivos (M. Dear, 1988: 270), ¿se transformaría en una metáfora por no considerar su vinculación con el mundo y sus eventos? Si es solamente un fragmento, ¿cómo se explicarían los procesos sociales de su construcción?

De allí la otra forma de adherir al postmodernismo: pretender una concepción holística, pero sin observar suficientemente el nuevo significado de los lugares en el período actual. Esos abordajes describen, especialmente, el papel de la economía mundial —la competitividad, el mercado mundial, entre otros— y el papel de la nueva cultura —los signos y símbolos globales—, aunque ignorando la resistencia de los lugares y su proceso de singularización.

La materialidad del espacio sería relativizada, o aún desconsiderada, en virtud de la aceleración. Permanecen, únicamente, con una cierta raíz material, los símbolos y signos, pero en ese espacio reducido a un texto a interpretar, no se señalan los objetos técnicos que permiten su funcionamiento. Según M. Curry (1991: 218), «ver un paisaje como un texto es verlo como algo que nunca es directamente conocido, pero que, por el contrario, es siempre objeto de interpretación».

Las ideas de preeminencia del tiempo sobre el espacio o del tiempo deshaciendo el territorio surgirían como intentos de explicar las aceleraciones contemporáneas. Así, desconociendo las características constitucionales del espacio, una parte importante del discurso geográfico resulta incompetente en el entendimiento sistemático del mundo. Esas posiciones, que observan en todas partes una homogeneización del espacio, ignoran el proceso, siempre creciente, de singularidad de los lugares. Lejos de extinguirse con la aceleración contemporánea, el espacio banal, que es nuestra materia prima, ha cambiado, solamente, su calidad (M. Santos, 1994b: 40).

Es llamativo que no sean sólo los no-geógrafos, sino igualmente los geógrafos que se valen de la metáfora de la desterritorialización. Ésta significaría, de un lado, la muerte del Estado territorial —un mundo sin naciones—, hoy atravesado por flujos transnacionales y, de otro lado, la creciente movilidad de los hombres, de los objetos, de las ideas con las posibilidades de la teleacción —la aldea global. Esa idea de desterritorialización surge frecuentemente apoyada en la noción de red. Una homogeneización de los lugares resultaría de un planeta cubierto por redes, especialmente de redes inmateriales. Sin embargo, la tendencia a la homogeneidad, basada en el desarrollo de las comunicaciones globales, refuerza la jerarquización del espacio, afirma H. Bakis (1993: 62, 63 y 66), en virtud de las condiciones históricas variadas de los continentes, de los países, de las regiones.

La idea de no-lugar, propuesta por J. Duvignaud (1977) y M. Augé (1992), entre otros, surge como una metáfora antropológica que se difunde crecientemente en la geografía. M. Augé (1992: 100-101) utiliza el término para señalar, en oposición a los lugares, aquellos espacios que no pueden ser definidos como históricos, relacionales y con una identidad. Productos de la globalización, los no-lugares aluden a la inmaterialidad de la economía actual basada en la información y a la semejanza entre las formas espaciales del mundo contemporáneo. Sin embargo, la circulación de la información sólo es posible a partir de bases materiales que se localizan diferencialmente en el territorio, al tiempo que la realidad del lugar está dada por el orden espacial y temporal del conjunto de objetos. El orden espacial revela cómo esos objetos se ordenan y se combinan con objetos de otros tipos y edades en un determinado lugar, mientras que el orden temporal significa la secuencia de su instalación. De ese modo, aunque existan semejanzas morfológicas y funcionales entre los objetos presentes, cada punto de la superficie terrestre tiene una definición diferente y echa por tierra la idea de no-lugar. Pues, como explica A. García Ballesteros (1992: 11), el lugar es «centro de significados, condición de la propia experiencia, foco de vinculación emocional para los seres humanos, contexto para nuestras acciones y fuente de nuestra identidad, el concepto de lugar se opone al geometrizado espacio del neopositivismo y, a diferencia de éste, está lleno de significados y valores, que son inseparables de la experiencia de quienes lo habitan, de sus pensamientos y sentimientos».

Derivada de la idea de desterritorialización y de redes, la muerte de la región es anunciada por algunos geógrafos. Es verdad que, en el mundo de hoy, las regiones se hacen y se deshacen con mayor rapidez gracias al hecho de que el acontecer es más espeso y vertiginoso. Más eventos acontecen en el tiempo y en el espacio. No obstante, la región no se constituye por la longevidad del edificio sino por su coherencia funcional. Como la fragmentación resulta del propio movimiento de la totalidad, en cada nuevo momento de la totalidad se produce una nueva organización regional a escala global.

Por otra parte, numerosas visiones ecológicas parecen también producir, hoy, metáforas geográficas de gran aceptación. El enfoque ambientalista, por ejemplo, de un lado, renuncia a un enredo histórico para explicar la transformación del medio y, de otro lado, propone una visión fragmentaria de ese mismo medio. La falta de una perspectiva his-

tórica, que es substituida por una sucesión ecológica, es también una forma de decretar el fin del gran enredo y de proponer una noción de tiempo cíclico ajeno a los cambios históricos. Se trata, además, de una geografía metafórica y reduccionista porque «no existe medio-ambiente diferente de medio» (M. Santos, 1994a: 4) y éste, como categoría abarcativa que necesita ser operacionalizada, es desconocido o rechazado.

La metáfora toma claramente el lugar de la teoría e impide encontrar un método explicativo, al mismo tiempo que favorece la proliferación de los discursos.

¿Fin de la Historia o nuevo período?

La reflexión de A. Giddens (1991: 55) resulta claramente oportuna: «fuimos dejados con preguntas que una vez parecieron respuestas...». Esas interrogaciones se formulan durante el llamado fin de la historia que, para R. Hollinger (1994: 137), puede ser interpretado como «el último acto en una filosofía de la historia que incluye humanismo y los valores y metanarrativas que guían la modernidad...»

Cuestionando la posibilidad y la legitimidad de construir un conocimiento teórico y general del mundo, J. F. Lyotard (1988: 39 y 40) sostiene «¿podemos hoy continuar organizando la multitud de eventos que nos vienen del mundo, humano y no humano, situándolos bajo la idea de una historia universal de la humanidad?»

La narrativa es un enredo, y pretende también ser una teoría, un conjunto de conceptos que forman un sistema. Como lo explica A. Lagopoulos (1993: 277), las grandes narrativas no pueden haber muerto —como proclama el postmodernismo— tal vez porque «son el único camino para que los humanos comiencen a pensar en sí mismos y en su mundo».

Declaraciones postmodernas sobre el fin de las grandes narrativas, de la historia y de la ideología, así como las premisas, entre otras, de una geografía postmoderna de la desterritorialización y de la muerte de la región conducen a una propuesta deconstructivista que resulta muy próxima del nihilismo metodológico.

¿Y si lo que llamamos *postmoderno* fuese un período, con todas o muchas de las características de un período?

En todas las épocas identificar lo nuevo siempre se erige como un gran problema, porque «lo nuevo no es exactamente lo moderno, salvo si es portador de la dupla carga explosiva: ser negación del pasado y ser afirmación de algo diferente» (O. Paz, 1990: 20).

En los momentos de gran cambio y de aceleración, la definición de pedazos de tiempo coherentes es una tarea hercúlea. Delimitar un período es un problema mayor porque conduce a la necesidad de reconocer un sistema de eventos. Una nueva combinación de factores privilegia una variable-clave diferente de aquella que comandaba el sistema anterior y, por eso, la organización también se transforma. La variable que gana significación y que produce el cambio va a tener un papel fundamental en el nuevo sistema.

El período técnico-científico-informacional

Estamos testimoniando, según G. Barraclough (1983: 41 y 42), un período que asistió a progresos espectaculares en el conocimiento y en las realizaciones científicas, a través de la alianza entre la ciencia y la tecnología, la cual tiene poderes «para transformar para siempre las bases materiales de nuestra vida, en una escala inconcebible hace sólo cincuenta años» La fase actual de la historia es, por esa razón, llamada período técnico-científico (R. Richta, 1974). Se trata de la interdependencia de la ciencia y de la técnica en todos los aspectos de la vida social, situación que se verifica en todas las partes del mundo.

Esos contenidos de técnica, ciencia e información, en la forma de híbridos, serían la nueva variable-clave que permite reconocer un nuevo sistema temporal y la organización de un nuevo espacio. Estamos denominando a ese espacio medio técnico-científico-informacional.

Por ello, parafraseando a B. Latour (1991: 47), podríamos decir que nuestra preocupación se centra en los mixtos de naturaleza y cultura, representativos de la técnica actual. Para este autor (1991: 100), la proliferación de esos cuasi-objetos caracteriza un momento histórico diverso de aquel de la modernidad. Los cuasi-objetos derrumban la temporalidad moderna. En ese sentido, podemos insistir en la validez de la técnica como ese híbrido que, agrupando lo material y lo social, permitirá reconstruir tanto la gran narrativa como los enredos menores de los lugares. En cuanto en la aurora de la historia existían tantos sistemas

técnicos como lugares, hoy, en todas partes, predomina un único sistema técnico, que es la base material de la globalización.

Como la técnica se tornó omnipresente, su estudio puede ser un camino fundamental porque permite dar cuenta del ser y de la existencia, de lo general y de lo específico, de lo global y de lo local, de lo universal y de lo particular.

La Geografía de la globalización y del medio técnico-científico-informacional

Percibimos que la geografía del mundo funciona, cada vez más, como totalidad: el mundo configurando una trama imbricada de lugares y eventos. ¿Cuál sería el enfoque constitucional relativo al espacio geográfico resultante de la globalización, esto es, el medio técnico-científico-informacional?

La noción de espacio es inseparable de la idea de sistemas de tiempo. En cada momento de la historia local, regional, nacional o mundial, la acción de las diversas variables depende de las condiciones del correspondiente sistema temporal. A escala mundial, se puede decir que cada sistema temporal coincide con un período histórico y con nuevas formas de ser del espacio geográfico.

Como la modernidad es selectiva, no impone todas las acciones, agentes y vehículos, y tampoco modifica la totalidad de los aspectos pre-existentes. Por ello, cada lugar es diferentemente tocado por el proceso modernizador, tanto en sus aspectos formales como en los funcionales.

Esa división territorial del trabajo y del capital nos obliga a reconocer diferencias de un nuevo tipo entre regiones. Como muchos objetos técnicos perduran de un período a otro y algunas normas intentan prolongar el pasado, ciertos puntos del planeta aparecen como espacios le-tárgicos, procedentes de una lógica pretérita, es decir, lugares que incorporan muy incompletamente la modernización.

Otras áreas pasan a disponer del contenido técnico, científico e informacional adecuado a las tareas características del nuevo régimen de acumulación. Se crían *regiones del mandar* en oposiciones a las *regiones del hacer*, en virtud de las nuevas polarizaciones (M. Santos, 1994b: 114).

La recalificación del espacio resulta, sobre todo, proporcionada a los intereses de los agentes hegemónicos. Por consiguiente, la geografía así diseñada, una vez más, es desigual y en ella pueden ser distinguidas *zonas luminosas, zonas opacas* e infinitas situaciones intermedias (M. Santos, 1993b: 165 y 166; M. L. Silveira, 1994).

Esa multiplicidad de funcionalizaciones refuerza, al mismo tiempo, la idea de totalidad y de *uniqueness* (F. Schaefer, 1953). La singularidad de los lugares es definida por su uso. Este revela la aptitud del lugar, debida a sus condiciones técnicas y políticas, para abrigar eficientemente esta o aquella producción material o inmaterial.

En qué medida la noción de fragmentación puede ser vista a partir de la tesis de *uniqueness*? Las fuerzas homogeneizadoras de la globalización no pueden actuar igualmente en todos los lugares porque, en muchos de ellos, la herencia del pasado actúa como un freno y en otros como un acelerador.

Aquello que frecuentemente se denomina fragmentación resulta de una tensión entre lo global y lo local. El retrato de esa tensión es una estructura mundial constituida, de un lado, por lugares modernizados y vinculados a las redes mundiales de la nueva división territorial del trabajo y, de otro lado, por lugares opacos, donde resisten numerosos datos de una división territorial del trabajo pretérita.

La búsqueda de una visión global en la geografía exige comprender el espacio como instancia de la sociedad en movimiento. Esa perspectiva, evitando sucumbir a las visiones fragmentarias, posibilitaría el entendimiento del espacio como funcionalización del mundo en los lugares. El riesgo, apuntado por M. Dear (1988: 263), de una geografía con un *soft centre*, es decir, sin objeto claramente definido, quedaría, así, exorcizado. De ese modo podremos contribuir a la construcción de una teoría social crítica, basada en la historia del presente y apta para enfrentar el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁFRICA VIDAL, M. C.: *¿Qué es el posmodernismo?* Universidad de Alicante, 1989.
AUGÉ, Marc: *Non-Lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Éditions du Seuil, Paris, 1992.
BAKIES, Henry: *Les réseaux et leurs enjeux sociaux*. Presses Universitaires de France (Que sais-je?), Paris, 1993.

- BARNES, T. J. and CURRY, M. R.: «Postmodernism in economic geography: metaphor and the construction of alterity». In: *Environment and Planning D: Society and Space*, 1992, vol. 10, pp. 57-68.
- BARRACLOUGH, Geoffrey (1964): *Introdução à História Contemporânea*. Zahar, 5.ª ed., Rio de Janeiro, 1983.
- BENKO, Georges: «Geografia de lugar nenhum ou hiperglobalização. Breve exame do mundo pós-moderno». In SANTOS, M. et al. (org.): *Território. Globalização e Fragmentação*. Hucitec-ANPUR, São Paulo, 1994, pp. 247-250.
- BEST, Steven and KELLMER, Douglas: *Postmodern Theory. Critical Interrogations*. The Guilford Press, New York, 1991.
- CURRY, Michael R.: «Postmodernism, Language, and the Strains of Modernism». In: *Annals of the Association of American Geographers*, 81 (2), 1991, pp. 210-228.
- DEAR, Michael: «The postmodern challenge: reconstructing human geography». In: *Transactions, Institute of British Geographers* N.S.13 262-274 (1988).
- DUVIGNAUD, Jean: *Lieux et non lieux*. Galilée, Paris, 1977.
- ECHEVERRÍA, Javier: *Telépolis*. Ensayos/Destino, Barcelona, 1994.
- FEHÉR, Ferenc: «La condición de la postmodernidad». In HELLER, A. e FEHÉR, F.: *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. (1989). Península, 2.ª ed., Barcelona, 1994.
- GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: «Las aportaciones de la Geografía Humanística». In GARCÍA BALLESTEROS, A. (ed.): *Geografía y Humanismo*. Oikos-Tau, Barcelona, 1992.
- GIDDENS, Anthony: *As conseqüências da Modernidade*. UNESP, São Paulo, 1991.
- GRAHAM, Julie: «Post-modernism and Marxism». In: *Antipode* 20:1, 1988, pp. 60-66.
- HARVEY, David: *A condição pós-moderna*. Loyola, São Paulo, 1992.
- : «From space to place and back again: Reflections on the condition of postmodernity». In J. BIRD: *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*, Routledge, London, 1993, pp. 3-29.
- HOLLINGER, Robert: *Postmodernism and the social sciences. A thematic approach*. Sage, Thousand Oaks, California, 1994.
- IANNI, Octavio: *A Sociedade Global*. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1992.
- JAMESON, Fredric: «O pós-modernismo e a sociedade de consumo». In KAPLAN, Ann E. (org.). (1988): *O mal-estar no pós-modernismo. Teorias e práticas*. Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro, 1993, pp. 25-44.
- LAGOPOULOS, A. P.: «Postmodernism, geography, and the social semiotics of space». In: *Environment and Planning D Society and Space*, 1993, vol. 11, pp. 255-278.
- LAIDI, Zaki (ed.): *L'ordre mondial relâché, sens et puissance après la guerre froide*. Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques et Berg., 1992.
- LASH, S. e URRY, J.: *The end of organized capitalism*. Hadison, University of Wisconsin Press, 1987.
- LATOUR, Bruno: *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Éditions La Découverte, Paris, 1991.
- LYOTARD, Jean-François: *Le Postmoderne expliqué aux enfants*. Correspondance 1982-1985. Éditions Galilée, Paris, 1988.
- LYOTARD, Jean F.: «Que era la posmodernidad». In CASULLO, Nicolás: *El debate modernidad-posmodernidad*. Puntosur, Buenos Aires, 1989, vol. 1, pp. 155-166.
- MALDONADO, Tomás: *El futuro de la Modernidad*. Júcar Universidad, Madrid, 1990.
- MESCHONNIC, Henri: *Modernité Modernité*. Folio essais, Saint-Amand, 1993.
- MUSIL, Robert: *L'homme sans qualités*. Seuil, Paris, 1956.
- PAZ, Octavio: *Los Hijos del Limo. Del romanticismo a la vanguardia*. (1974). Seix Barral, 3.ª ed., Barcelona, 1990.
- PEET, Richard: «Mapas do mundo no fim da História». In SANTOS, M. et al. (org.): *O novo mapa do mundo. Fim de século e Globalização*. Hucitec-ANPUR, São Paulo, 1993, pp. 46-65.

- RICHTA, Radovan: *La civilización en la encrucijada*. Ayuso, 2.ª ed., Madrid, 1974.
- RUBY, Christian: *Le champ de bataille post-moderne, néo-moderne*. L'Harmattan, Paris, 1990.
- SANTOS, Milton: «A aceleração contemporânea: tempo mundo e espaço mundo». In SANTOS *et al.* (org.): *O novo mapa do mundo. Fim de século e Globalização*. Hucitec-ANPUR, São Paulo, 1993, pp. 15-22 (a).
- : «A questão do meio ambiente: desafios para a construção de uma perspectiva transdisciplinar». (mimeo), 1994 (a).
- : «Les Espaces de la Globalisation». In: *Points de vue sur le système monde*, GEMDEV, Cahier Nro. 20, Paris, mai 1993 (b).
- : *Técnica, Espaço, Tempo. Globalização e Meio Técnico-Científico Informacional*. Hucitec, São Paulo, 1994 (b).
- SAYER, Andrew: «Postmodernist thought in Geography: a realist view». In: *Antipode* 25:4, 1993, pp. 320-344.
- SCHAEFER, Fred K.: «Exceptionalism in Geography: A methodological examination». In: *Annals of American Geographers*, vol. 43, 1953, pp. 226-249.
- SILVEIRA, Maria Laura: «Globalização, funcionamento técnico e funcionamento político na rede urbana argentina e nordpatagônica». In SANTOS *et al.* (org.): *Território. Globalização e Fragmentação*. Hucitec-ANPUR, São Paulo, 1994, pp. 125-140.
- SMITH, Neil: «Afterword: The Beginning of Geography». In: *Uneven Development*. Oxford, Basil Blackwell, 2nd. edition, 1990, pp. 160-178.
- STROHMAYER, Ulf and HANNAH, Matthew: «Domesticating Postmodernism». In: *Antipode* 24:1, 1992, pp. 29-55.
- URDANIBIA, Iñaki: «Lo narrativo en la posmodernidad». In VATTIMO, Gianni *et al.*: *En torno a la Posmodernidad*. Anthropos, Barcelona, 1990, pp. 41-75.
- VIRILIO, Paul: *L'espace critique*. Christian Bourgois, Paris, 1984.
- WELLMER, Albrecht: «La dialéctica de modernidad y posmodernidad». In PICÓ, Josep (comp.): *Modernidad y posmodernidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 103-140.